

EL SASTRECILLO VALIENTE

I

En una hermosa mañana de verano hallábase sentado ante su ventana un sastre de Biberich. Estaba de buen humor, y mientras tiraba de la aguja cantaba á voz en cuello una antigua balada en la que se trataba de un pobre pastor que se había casado con la hija de un emperador.

Entonaba la última estrofa de su canción cuando pasó por la calle una aldeana gritando:

—¡Á la buena mermelada! ¿Quién compra?
¡Á la buena mermelada!

No le pareció mal aquel grito al sastrecillo, quien abrió la vidriera, sacó la cabeza y dijo:

—¡Eh, buena mujer! Aquí, aquí; ven y te compraré algo.

La vendedora subió de cuatro en cuatro los escalones del cuarto piso de la casa del sastre, creyendo que, en efecto, iban á comprarle gran cantidad de su mercancía.

Confirmóse esta creencia cuando aquél le hizo destapar todos sus tarros uno tras otro, mermelada de ciruelas, de albaricoques, de manzanas, de peras, etc.

El sastre, escogiendo la mermelada de albaricoques, se cortó una buena rebanada de pan, y dijo á la aldeana:

—Ponme aquí una buena capa de esta mermelada, y aun cuando sea una onza, no importa, porque hoy el trabajo no ha ido mal.

La pobre mujer, que había tomado por lo serio las palabras del sastrecillo y que creyó que le iba á comprar lo menos la mitad de su mercancía, revolvió el puchero de su mermelada de albaricoques con la cuchara de madera, y, conforme se lo había pedido el sastre, le extendió en el pan una buena capa de este dulce.

—Aquí tenéis por valor de un kreutzer, le dijo.

El sastre regateó algo, pero, por fin, se decidió y pagó lo pedido.

La aldeana se marchó refunfuñando, pero el sastre no le hizo caso.

—¡Cómo voy á regalarme! pensó. Pero antes de hincarle el diente voy á concluir esta casaca.

Y, tomada esta resolución, dejó á un lado la rebanada de pan y siguió cosiendo; pero como el dulce le atraía, hacía los puntos cada vez más grandes.

Mientras tanto, el olor de la mermelada se

difundió por el cuarto y atrajo las moscas, que volaban á centenares, en términos de que, con riesgo de lo que pudiera sucederles, las golosas se posaron en masa sobre la rebanada.

—¡Ah, pícaras! ¿Quién os ha convidado? dijo el sastre.

Y procuró espantarlas con la mano.

Pero las moscas, momentáneamente espantadas, volvieron cada vez en mayor número.

El sastrecillo temió que, si acababa la casaca, por grandes que hiciera las puntadas, y si dejaba tranquilas á las moscas, por poco que cada una de ellas comiera de la mermelada, no encontraría más que el pan mondo y lirondo cuando concluyera la casaca.

—Aguardad, aguardad, dijo sacando el pañuelo; yo voy ahora á daros mermelada.

Y golpeó á las golosas sin misericordia.

Cuando se cansó de golpear, todas las moscas que sobrevivieron á la batalla volaron al techo; contó las muertas, y vió que había siete tendidas, cuatro de las cuales se movían aún.

Está visto que soy todo un valiente, exclamó el sastrecillo, entusiasmado de su denuedo. Es preciso que toda la ciudad sepa lo que acabo de hacer.

Y en seguida se cortó un cinturón de una pieza de paño de la que debía hacer un traje para el cura, y en este cinturón respunteó en grandes letras con hilo encarnado: ¡Siete de un golpe!

Hecho el cinturón se lo ciñó, y parecióle que le comunicaba un aire tan valiente y arrojado que exclamó:

—¡No tan sólo debe saber la ciudad lo que soy, sino también el mundo entero!

Entonces, dejando la casaca á medio concluir y la pieza de paño sin cortar, excepto el cinturón que había sacado de ella, se comió el pan que había sido causa de toda aquella exaltación y registró la casa para ver si podía llevarse algo.

No encontró más que un pedazo de queso rancio, del tamaño de un huevo, poco más ó menos, y tan duro que parecía una piedra, á pesar de lo cual se lo metió en el bolsillo.

Al salir de la ciudad, vió una alondra que aleteaba en un matorral. Corrió á ella, vió que estaba cogida en un lazo, la sacó de él á tiempo para salvarle la vida, y se la guardó viva aún en el otro bolsillo, cerrándolo con un botón.

Entonces se lanzó animosamente por el camino, y como era listo y estaba alegre, no sintió ningún cansancio.

Andando, andando, llegó á lo alto de una montaña, en cuya cumbre estaba sentado un gigante.

Este gigante era tan alto que parecía una estatua viviente, á la que la montaña servía de pedestal.

Cualquiera que no fuese el valiente sastrecillo habría echado á correr; pero él, al contrario, se acercó en derechura al gigante.

—¡Buenos días, camarada! le dijo echando atrás la cabeza para procurar ver su rostro. Apuesto á que has subido á esta montaña para ver el vasto mundo. Yo he emprendido un viaje para visitarlo. ¿Quieres venir conmigo?

El gigante bajó la cabeza, buscó con la vista

al sastrecillo, acabó por encontrarlo, y mirándole con desprecio le dijo:

—¡Ah, estúpido! ¡Yo ir con un ser tan insignificante como tú!

—¡Hola, hola! ¿Esas tenemos? contestó el sastre.

Y, desabrochándose el jubón, enseñó arrogantemente al coloso su cinturón, en el cual estaban escritas las palabras: *¡Siete de un golpe!*

El gigante las leyó, creyó que se referían á siete hombres muertos por el sastre de un solo golpe, y empezó á sentir por él cierta consideración.

Con todo, quiso ponerle á prueba, y cogiendo una piedra le dijo:

—Toma: haz esto.

Y la estrujó de tal modo que brotaron de ella algunas gotas de agua.

—¡Bah! exclamó el sastre. ¿No es más que eso? En mi país eso es un juego de niños.

Y, sacándose del bolsillo el queso, lo aplastó tan bien, que le escurrió agua por todos los dedos.

El gigante, engañado por el color, tomó el queso por una piedra.

No sabía qué decir, pues no creía capaz de semejante proeza á un hombrecillo como aquél.

Entonces el gigante se bajó, cogió un guijarro y lo lanzó á tal altura que casi se le perdió de vista.

—¡Ea, arrapiezo: haz otro tanto! dijo.

—Bien tirado, replicó el enano. Pero, por alta que haya subido la piedra, ha vuelto á caer. Yo voy á tirar una que no caerá.

Y fingiendo bajarse y coger un guijarro, se metió la mano en el bolsillo, sacó la alondra, la lanzó al aire, y el ave, contenta de verse libre, subió, subió tanto que no volvió á bajar.

—¿Qué tal? dijo el sastre. ¿Qué te parece, camarada?

—Muy bien, contestó el gigante; pero ahora vamos á ver si eres capaz de llevar cierto peso.

—Ponme el mundo en un hombro, replicó el sastrecillo, y me lo pasaré al otro al cabo de una hora.

El gigante llevó al sastrecillo adonde había un roble desarraigado y tendido en el suelo.

—Ayúdame á sacar este árbol del bosque, si te atreves, le dijo.

—¡Ya lo creo! Cárgate el tronco en un hombro, y yo llevaré la copa con todas sus ramas. Supongo que no negarás que yo cargo con lo más pesado.

El gigante no lo negó; se echó el tronco á cuestras, mientras el sastre se sentó tranquilamente en una rama; y como el gigante no podía volverse para mirar detrás de sí, debió llevar él solo el tronco y además al sastre, sudando la gota gorda, mientras éste iba silbando alegremente, como si llevar aquel enorme roble fuese para él una bagatela.

Después de haber andado así algún tiempo, arrastrando tan pesada carga, el gigante se detuvo sofocado.

—Voy á soltar el árbol, dijo, porque no puedo ya ir más lejos.

El sastre se apresuró á saltar al suelo, cogió entre sus brazos el extremo de la última rama,

como si la hubiese llevado siempre y la siguiera llevando aún, y dijo al gigante:

—¿Tan robusto mocetón como pareces, y no puedes llevar la parte que te toca de este árbol? Vamos, vamos, amiguito: no eres muy fuerte.

Continuaron su camino, el gigante, avergonzado de su flaqueza, callado y cabizbajo; mientras que el sastre, alegre y avispado, iba con la cabeza muy levantada y orgulloso de su superioridad sobre el gigante.

Al poco rato pasaron por delante de un cerezo.

El gigante cogió el árbol por la copa, donde pendían los frutos más maduros, la encorvó y se la puso en la mano al sastrecillo, diciéndole:

—Sostén esta rama y comamos las cerezas.

Pero el sastrecillo era demasiado débil para sujetar la copa doblada; de suerte que cuando al enderezarse dió una fuerte sacudida, levantó al sastre, que pasó por encima de la copa del árbol, y por suerte suya fué á parar al otro lado cayendo en tierra blanda, por lo cual no se hizo ningún daño.

—¿Qué significa esto? preguntó el gigante. ¿No tienes fuerza para sujetar este débil arbusto?

—¡Bah! Cuando uno ha aplastado una piedra hasta el punto de sacar agua de ella, lanzado un guijarro á tanta altura que no ha vuelto á caer al suelo, llevado á cuestras un roble tan pesado que ha estado á punto de aplastarte, ¿no podría doblar un triste cerezo? Lo que he querido demostrarte es que he podido saltar por encima de él: á ver si haces tú lo mismo.

El gigante probó á hacerlo; pero, habiéndosele

enredado los pies en las ramas, fué á caer pesadamente, y cuan largo era, en el campo, donde el sastrecillo había caído de pie.

—¡Pardiez! dijo. Puesto que eres tan bravo camarada, ven á pasar la noche en nuestra caverna.

—De buen grado, contestó el sastrecillo sin vacilar.

Y siguió al gigante.

Al entrar en la caverna vió allí una docena de gigantes que estaban cenando. Cada uno tenía un gamo ó un corzo asado cogido por las patas traseras, y le hincaba el diente que era un primor.

El sastre miró en torno suyo, y viendo la inmensa caverna, dijo para sí:

—Vaya, que esto es un poco más grande que mi taller.

Luego, cogiendo un pedazo de pan y una tajada de carne, cenó á su vez, fué á beber agua al manantial, y entró tranquilamente en la caverna preguntando al gigante:

—¿Dónde me acuesto?

El gigante le designó una cama que vendría á ser como doce ó quince mesas de billar puestas una á continuación de otra.

El sastre empezó por meterse en ella; pero, pareciéndole demasiado grande, bajó al otro lado y se acostó entre la cama y la pared.

A la media noche, el gigante que allí le había llevado se levantó sin hacer ruido y, creyéndole profundamente dormido, cogió una barra de hierro y de un solo golpe partió la cama por la mitad.

—¡Bravo! exclamó después de esta proeza. Lo que es por esta vez creo haber acabado con ese saltamontes.

Al rayar el día, los gigantes se marcharon á la selva, y se habían olvidado ya totalmente del sastrecillo, cuando vieron que se acercaba á ellos gozoso y cantando.

—¡Siete de un golpe! exclamaron al verle. Como no somos más que doce, ni siquiera tendría para dos golpes.

Y echaron á correr como alma que lleva el diablo.

II

El valiente sastrecillo no se entretuvo en correr detrás de los gigantes, cuya compañía no le interesaba en modo alguno, y continuó solo su camino andando en línea recta, porque le importaba poco la dirección que podía seguir.

Después de caminar desde el amanecer hasta el mediodía, llegó al jardín de un hermoso palacio que le pareció ser el del rey del país; y como estaba cansado se tendió en la hierba y se durmió.

Durante su sueño, algunas personas que pasaban se fijaron en él, conociendo que era forastero, y leyeron en su cinturón: *¡Siete de un golpe!*

—¡Dios del cielo! exclamaron. ¿Qué viene á hacer aquí, hallándonos en paz, semejante matachín? Debe ser algún héroe de gran renombre.

Fueron á anunciárselo al rey, diciéndole que,

si estallaba alguna guerra, sería un hombre muy útil y que importaba, por consiguiente, no dejarle marchar.

Aprobó el monarca este consejo, y envió en busca del durmiente á uno de sus cortesanos con el encargo de que le hiciera proposiciones para entrar en su servicio.

El mensajero no se atrevió á despertar á un hombre que parecía tan terrible, por miedo de que se despertara de mal humor, y se quedó de pie delante de él, aguardando que quisiera abrir los ojos.

El sastre, después de hacer esperar al enviado del rey una hora larga, empezó, por fin, á estirarse, á rascarse la oreja y á guiñar los ojos.

El cortesano desempeñó entonces su comisión, ofreciéndole en nombre del rey toda clase de ventajas si accedía á aceptar un grado en el ejército.

—¡Pardiez! contestó el sastrecillo. Para eso he venido; pero os advierto que no aceptaré ningún grado que no sea el de general en jefe.

—Creo que es el que el rey se propone ofrecer á vuestra excelencia. Por lo demás, si queréis seguirme á palacio donde Su Majestad os espera, pronto sabréis á qué ateneros.

Con esta promesa, el sastre siguió al cortesano á palacio.

El rey, que le estaba aguardando, le recibió con los mayores honores, concediéndole el título de general en jefe interino, le fijó el sueldo de veinte mil florines y le dió por morada uno de sus palacios.

Pero todos los militares de alta graduación le miraban de reojo; envidiaban su rápido encum-

bramiento, y lo habrían enviado á todos los diablos.

—¿Qué va á ser de nosotros? decían. Si alguna vez tenemos una cuestión con semejante mozo, será capaz de matar de cada golpe siete de nosotros, y eso nadie lo puede permitir.

Entonces decidieron ir todos á ver al rey y presentarle sus dimisiones.

—No estamos hechos, le dijeron, para alternar con un hombre cuya divisa es: *¡Siete de un golpe!*

El rey se disgustó mucho al ver que por un hombre de tan gran valor, sin duda, pero de tan pobre apariencia, iba á perder á sus más fieles servidores; maldijo la facilidad con que se había entusiasmado por el recién llegado, y confesó sin rebozo que quisiera verse libre de él; pero no se atrevió á despedirle, porque temía que derrotara á su ejército, venciera á su pueblo y le destronara.

Después de muchas vacilaciones se le ocurrió una idea.

Mandó á decir al sastre que, puesto que era tan gran héroe, debía serle enojoso el estado de paz en que se encontraban, y que, siendo así, tenía que hacerle una proposición.

—A fe mía que ya empezaba á estar aburrido de pereza y avergonzado de mi ociosidad, contestó el sastre. Decid al rey que en cuanto almuerce iré á saber cuál es la proposición que quiere hacerme.

Pero el rey no creyó conveniente verse delante de un hombre tan terrible, y le envió á decir que no se molestara y que se le comunicaría la proposición en su casa.

En efecto, el mismo cortesano que había ido la primera vez á buscar al sastre se le presentó de nuevo.

Estaba encargado de la proposición del rey.

El monarca hacía saber á su general en jefe que en una selva de su reino cuyo plano le enviaba, había dos enormes gigantes que sólo vivían de sangre y de rapiña, de incendio y de saqueo, y que causaban los mayores daños en el país.

Se los temía tanto que nadie se atrevía á atravesar aquella selva, ó si por casualidad la atravesaba alguien, consideraba su vida en peligro mientras no había salido de ella.

Si mataba á los dos gigantes, le casaría con su hija única, la cual le llevaría en dote la mitad de su reino.

Además, el rey ofrecía al valiente sastrecillo cien jinetes para ayuda y escolta.

—¡Oh! exclamó el sastre, me conviene la proposición. Conozco los gigantes, he tenido ya que habérmelas con ellos y se me importan un bledo. Y la prueba es que para nada necesito los cien jinetes que el rey me ofrece. Iré solo en busca de los gigantes, lucharé con ellos solo y los venceré. Aquel que mata siete de un golpe no se asusta de dos gigantes.

Partió, pues, el sastrecillo, y como el rey había insistido en que le acompañaran los cien jinetes, los dejó á la entrada de la selva, diciendo:

—Quedaos aquí: voy á despachar á esos pícaros, y cuando haya acabado vendré á deciroslo.

Los cien jinetes, que no deseaban otra cosa sino que su general en jefe desempeñara aquella

tarea por sí solo, se quedaron en el lindero de la selva, mientras que el sastre penetraba animosamente en lo más intrincado de la espesura.

Mas, conforme iba avanzando, acertaba el paso mirando con atención alrededor; de suerte que acabó por divisar á los dos gigantes que estaban dormidos al pie de un árbol y roncaban á más y mejor.

El sastre, que no tenía nada de perezoso, no perdió momento: se llenó los bolsillos de piedras y subió al árbol á cuyo pie estaban tendidos sus enemigos, árbol que por casualidad tenía tanto ramaje que era casi imposible descubrir su tronco entre las hojas.

Al llegar á la mitad de la altura del árbol, el sastre se montó en una rama precisamente encima de la cara de los gigantes, y desde allí dejó caer una piedra, después dos, y luego tres sobre el ojo de uno de ellos.

Este, á la primera piedra, no sintió nada; á la segunda, casi nada; pero á la tercera, que era un poco más gorda, abrió el ojo y dió un empujón á su vecino diciéndole:

—¿Por qué te entretienes en hacerme cosquillas en la nariz mientras duermo? No me fastidies.

—Estás soñando, contestó el otro. Duermo á pierna suelta y no me ocupo en hacerte cosquillas.

Y los dos gigantes se volvieron á dormir.

Entonces el sastre lanzó al pecho del segundo gigante una piedra, y después dos y luego tres.

—¿Qué me estás haciendo en el pecho? preguntó éste.

—Nada. Lo mismo me ocupó en ti que en el Gran Turco.

Y se dirigieron algunas palabras acerbas; pero como ambos estaban cansados, se durmieron otra vez.

El sastrecillo cogió entonces la piedra más grande que tenía, y la tiró con toda su fuerza á la nariz del primer gigante.

—¡Esto es ya demasiado! gritó éste poniéndose en pie furioso; lo que es ahora no dirás que no has sido tú.

Y se agarró á brazo partido con su compañero, que, estando también de mal humor, le devolvió golpe por golpe sin más explicación; de suerte que, á fuerza de pegarse mutuamente, se pusieron tan rabiosos, que, arrancando árboles para servirse de ellos como mazas, se hirieron uno á otro hasta que los dos cayeron muertos.

Entonces el sastrecillo, bajando con presteza del árbol, dijo para sí:

—He tenido gran suerte en que nó se les haya ocurrido arrancar el árbol al que me había encaramado. Habría tenido que saltar como una ardilla al árbol vecino; pero ¡bah! ¡Soy tan listo!

Sacó el sable, dió á cada gigante un par de tremendas estocadas en el pecho, y en seguida fué en busca de su escolta.

—Es cosa hecha, dijo á los jinetes. He despachado á esos dos tunantes. Por cierto que me ha costado trabajo; pero ¿qué podían con un hombre como yo, que mata siete de un golpe?

—General, ¿no estáis herido? le preguntaron los soldados.

—¡Herido yo! contestó. ¡Pues no faltaría más!

A Dios gracias, no me han tocado ni un cabello.

Los jinetes no podían dar crédito á lo que oían; pero, á instancias del sastrecillo, que iba á su cabeza, entraron en la selva, en la que encontraron á los dos gigantes bañados en su sangre, y alrededor de ellos los árboles arrancados y la tierra removida.

Los jinetes se miraron unos á otros como diciéndose:

—¡Cáspita! La cosa ha sido seria. ¡Qué arrojado es nuestro general en jefe!

El sastrecillo cortó las cabezas á los dos gigantes, las colgó del arzón de su silla y entró triunfante en la ciudad seguido de sus cien jinetes.

El rey, al saber su regreso por un mensajero que el sastre le envió para saludarle y anunciarle su victoria, salió á su encuentro hasta el lindero del bosque.

Allí el sastre le exigió el cumplimiento de su promesa, es decir, la mano de su hija y la entrega de la mitad del reino; pero como el rey se arrepentía de haber hecho tal promesa, le dijo:

—Antes de darte mi hija y la mitad de mi reino, es preciso que llesves á cabo otro hecho brillante.

—¿Cuál? preguntó el sastre.

—En otra de mis selvas hay un unicornio que causa grandes estragos: es forzoso que me lo traigas vivo para mi caza de fieras.

—Lo mismo se me da del unicornio que de los dos gigantes, respondió el sastre: mi divisa es: *¡Siete de un golpe!*

Cogió dos cuerdas de igual longitud y una carreta tirada por dos bueyes para poner en ella

el unicornio cuando lo hubiera cogido, y se hizo acompañar de los cien jinetes, no para que le auxiliaran, sino tan sólo para que le guiaran hasta la entrada del bosque donde esperaba encontrarlo.

Una vez en el bosque, no tuvo necesidad de buscar mucho tiempo.

El unicornio, al verle, corrió hacia él para traspasarle.

—¡Poco á poco, amiguito! le dijo el sastre. No hay que ir tan de prisa.

Y se detuvo junto á un árbol, aguardó á que el unicornio estuviera á diez pasos de él y pasó con presteza al otro lado del árbol.

El unicornio, que le arremetía para traspasarle, metió su cuerno tan profundamente en el árbol que antes que tuviera tiempo de sacarlo, el sastre le ató las cuatro patas con las dos cuerdas.

—¡Ya ha caído el pájaro! exclamó saliendo de detrás del árbol.

Y con la punta de su sable desprendió el cuerno del tronco.

El unicornio, al sentir libre su cuerno, quiso huir; pero como tenía las cuatro patas sólidamente atadas, cayó al suelo sin poder levantarse.

Entonces el sastrecillo volvió adonde estaban sus soldados y les dijo:

—Traed la carreta, porque el animal está cogido.

Pusieron el unicornio en la carreta y el sastre se lo llevó al rey.

Pero éste no quiso todavía dar al vencedor la recompensa doblemente ganada y puso una tercera condición.

Antes de celebrar su casamiento, el sastre debía apoderarse de un enorme jabalí que en nada cedía al de Calidón.

Aquel jabalí hacía grandes destrozos en otro bosque perteneciente también al rey.

El monarca vacilaba en hacer esta proposición al sastrecillo, porque conocía demasiado que éste, por poca que fuese su mala voluntad, estaba en el derecho de rechazarla; pero el sastre, siempre valiente, contestó:

—Señor, lo haré de buen grado: para mí es un juego de niños coger un jabalí.

El rey le dió los cien jinetes; pero, lo mismo que hizo con el unicornio y con los dos gigantes, el sastre no permitió que entrasen en el bosque. Penetró, pues, solo con gran satisfacción de los soldados, que sabían lo que era el jabalí, pues en otra ocasión habían querido cogerlo y los recibió de modo que se les quitaron las ganas de volver.

El valiente sastrecillo, que pensaba que el valor no está reñido con la prudencia, empezó por reconocer los lugares.

A unos cien pasos del cubil del jabalí había una pequeña capilla gótica cuyas ventanas eran tan estrechas que era preciso ser muy delgado para pasar por ellas.

Enfrente de las ventanas había una entrada cerrada por una buena puerta de roble.

—¡Magnífico! exclamó el sastre. Aquí tengo preparada una buena ratonera.

Y desde el umbral de la capilla se puso á tirar piedras con toda su fuerza al matorral donde estaba el jabalí.

Una de las piedras alcanzó al monstruo.

Se levantó sobre sus patas traseras, y entonces le pareció al sastre que su enemigo tendría lo menos cuatro pies de alto.

En cuanto á su grueso, estaba en proporción.

Pero nada de ello asustó al sastrecillo, que siguió atacando al animal y provocándole con sus gritos.

El jabalí miró á todos lados con sus ojillos cubiertos de largos pelos, pero que brillaban bajo ellos como carbunclos.

Al ver luego al sastre, le arremetió castañeteando los dientes.

Pero en el momento en que el jabalí entraba por la puerta, el sastre salía por la ventana.

El jabalí quiso hacer lo mismo, pero la ventana era demasiado estrecha.

Mientras se obstinaba inútilmente en pasar por la abertura, el sastre dió rápidamente la vuelta á la capilla y fué á cerrar la puerta con llave; de suerte que el animal, conforme aquel lo había dicho, quedó efectivamente cogido como en una ratonera.

Entonces el sastre condujo á sus cien soldados á la capilla, para que viesan á su prisionero.

Luego pasó con ellos á ver al rey, á quien dijo que ya no debía preocuparse del jabalí, y que de allí á ocho días el monstruo habría muerto de hambre, á no ser que él mismo prefiriese ir á fusilarle por gusto, disparándole á través de las ventanas de la capilla.

Entonces forzoso le fué al rey ceder, y por fin entregó su hija al valiente sastrecillo juntamente con la mitad de su reino.

Es inútil decir que no lo hizo sin disgusto; pero si hubiera sabido que su yerno, en lugar de un gran guerrero, era un triste sastre, su disgusto habría sido mayor.

Hizose la boda con gran magnificencia, pero con poca alegría, al menos por parte de la novia y del suegro, pues, en cuanto al pueblo, estaba muy satisfecho de verse protegido por tan valiente defensor.

Algún tiempo después la joven reina oyó una noche que su esposo decía soñando en alta voz:

—Muchacho, acábame esa casaca y remienda ese calzón: si no, te pegaré con la vara de medir en las orejas.

Por esto comprendió lo que era su marido, y al otro día se lo fué á contar todo á su padre, rogándole que la librara de un esposo tan indigno de ella.

El rey la consoló.

—Esta noche, le dijo, dejarás abierta la puerta de tu alcoba; mis criados estarán en el corredor, y cuando tu marido se haya dormido le agarrotarán y le embarcaremos en un buque que le llevará al otro extremo del mundo.

Este plan puso muy contenta á la joven, porque se había casado con el sastre obligada y á la fuerza.

Pero el escudero del rey, que lo había oído todo y se había hecho muy amigo del sastre á causa de su valor, contó á éste todo el complot.

—Está bien, se limitó á decir el sastrecillo.

Y por la noche se acostó, como de costumbre, al lado de su esposa.

Cuando ésta le creyó dormido, se levantó, abrió muy despacio la puerta y volvió á acostarse sin hacer ruido.

El sastre, que se fingia dormido, dijo entonces en voz alta:

—Muchacho, acábame pronto esa casaca y remienda ese chaleco: de lo contrario, te pegaré con la vara de medir en las orejas. Yó, mientras tanto, voy á sacudir una paliza á los que vienen á prenderme. ¡Voto á bríos! He matado siete de un golpe, he exterminado dos gigantes, he agarrado al unicornio y he cogido al jabalí, y ¿habría de asustarme esa cuadrilla de truhanes que está á la puerta? ¡Ea, siete de un golpe: siete de un golpe!

Al oír estas palabras terribles que les anunciaban una muerte pronta é inevitable, sobre todo después de lo que sabían, ó más bien de lo que creían saber acerca de la fuerza y del arrojo del sastre, los que habían ido á prenderle huyeron como si los persiguiera todo un ejército; de suerte que en lo sucesivo nadie se atrevió á indisponerse con el rey *Siete de un golpe*, que así le llamaba el pueblo.

Un año después, el viejo rey murió, y, con gran contento del pueblo, el rey *Siete de un golpe* heredó la otra mitad del reino.

Yo sé dónde reina ese excelente rey, queridos niños; pero no quiero decirlo porque allí viven tan felices bajo sus leyes que, si se conociera su residencia, todos los demás pueblos se marcharían de su país para establecerse en el suyo.

VII

LAS MANOS GIGANTESCAS

Un pobre niño volvía del bosque cargado con tanta leña como podía llevar un muchacho de su edad.

Se llamaba Willie y tenía once años.

Estaba cansado, tenía hambre y por las mejillas le corrían gruesas lágrimas.

Pero lo que le hacía llorar no era el hambre ni el cansacio, sino el recuerdo de su padre, fallecido en la primavera anterior; la idea de que iba á volver á su casa y á encontrarla vacía, pues su madre debía estar dedicada, por su parte, á un trabajo tan rudo como el suyo.

En efecto, la casa estaba vacía, pero al mismo tiempo tan pobre que á su madre ni siquiera se le había ocurrido, al salir, cerrar la puerta con llave, pues en tan miserable vivienda no había nada que pudiera tentar la codicia de los ladrones.